

DAVID VIÑAS PIQUER (ED.)

La Teoría en la ficción literaria
española del siglo XXI

Iberoamericana - Vervuert - 2023

Índice

Prólogo	
David Viñas Piquer: La conquista de un nuevo territorio para la ficción	7
LA TEORÍA EN LA NARRATIVA.....	27
Àlex Matas Pons: La deriva de la metaficción historiográfica a la luz del diálogo intergeneracional: historia pop, desmemoria y posmemoria en la novela española contemporánea.....	29
Guillermo Sánchez Ungidos: <i>Free F(r)iction</i> : deslizamientos teóricos en la narrativa de Vicente Luis Mora.....	53
LA TEORÍA EN LA POESÍA	81
Virginia Trueba Mira: La práctica de la Teoría de la práctica (la propuesta poética de María Salgado)	83
Alfredo Saldaña Sagredo: La bala (crítica) de la teoría (poética).....	107
Max Hidalgo Nácher: El inconsciente teórico: por una arqueología de la contemporaneidad crítica.....	129
LA TEORÍA EN LAS ARTES ESCÉNICAS	139
Anxo Abuín González: Necropolítica y estéticas petrosexo- rraciales: Calixto Bieito, <i>Los persas</i>	141
Juan Carlos Pueo Domínguez: El teatro breve contemporáneo y su deuda con la teoría dramática de Bertolt Brecht	157
Paula Juanpere Dunyó: Dora García: entre la práctica y la especulación teórica	179
SOBRE LOS AUTORES.....	195

La conquista de un nuevo territorio para la ficción

DAVID VIÑAS PIQUER

Universitat de Barcelona

Cada vez es más frecuente encontrar en la literatura española del siglo XXI obras que se encuentran de un modo u otro atravesadas por la Teoría. Ya no resulta nada extraño abrir una novela de una escritora actual y encontrarse, por ejemplo, con que la protagonista, tras ver en un periódico digital que alguien firma con el nombre falso de Barthes, hace el siguiente comentario:

Su aportación, puesta allí tras todas las anteriores, me llevó a acordarme de aquella distinción entre lo legible y lo escribible que propuso el otro Barthes, Roland, en su libro *S/Z*. Como no tenía ánimo para nada aparte de esperar a que Quirós apareciese, me dediqué un rato a leer mi ejemplar de *S/Z*, como pasatiempo. Un texto es legible cuando la posibilidad que ofrece es leerlo o rechazarlo, cuando nos sitúa ante un dilema: convertirnos en lectores de ese texto o preferir no serlo. Un texto es escribible cuando hace del lector un productor del texto, que no un mero consumidor.

El libro que ahora presentamos intenta responder a varias preguntas que en el fondo son solo una y siempre la misma. Si pensamos en el fragmento recién citado, las preguntas serían: ¿cómo es posible que en medio de una novela se deslice con toda naturalidad un fragmento de estas características?, ¿quién escribe así?, ¿para quién escribe?

Fuera de la ficción, la autora de esta novela publicó un libro para explicar su experiencia con la enfermedad del cáncer y resulta que para contar esta historia tan íntima incorpora en sus reflexiones referencias a Susan Sontag, a Michel Foucault, a John L. Austin (cuya teoría de los actos de habla aparece explicada y ejemplificada), a Vladimir Propp (para explicar que “los relatos del cáncer son infinitos pero todos comparten una matriz narrativa”) y a otros nombres importantes de la Teoría.

Vayamos de un asunto tan perfectamente serio como este a una parodia para escuchar la voz de un filólogo que se identifica con la estirpe de los grandes historiadores de la literatura y dice:

Yo soy de los que ironiza y se ríe de los saberes modernos. Y hablo de la asignatura de Hermenéutica literaria como “la de las chuminadas”; yo digo a quien quiera escucharme en los apartes de las reuniones de Departamento que la hermenéutica contemporánea no es más que un depósito de gadámeres, que a Lyotard siempre se le ven los leotardos, que detrás de las palabras de Habermas tiene que haber más, que Schleiermacher parece el nombre del líbero de la selección alemana de fútbol, que la teoría de los polisistemas suena a teoría de los polichinelas cantada por Sarita Montiel en *La violetera* [...].

Y ya que estamos instalados en la parodia, fijémonos en lo que se dice en un relato dedicado a homenajear a un escritor y teórico argentino:

Pero quizá su mayor aportación a la literatura, la que le ha valido el reconocimiento mundial, fue la creación del *ful-criticism*, corriente teórica que supuso una verdadera revolución en el campo de los estudios literarios. El *ful-criticism* (del griego *ful*, “chungo”, y del inglés *criticism*, “perturbación” o también “almacén de pescado”) es un método de análisis que significa una superación radical de las tesis centrales del post-estructuralismo. Mailer reconoció siempre que la aparición de dicha corriente afectó profundamente a su vida sexual (“Dejé de tener erecciones el día en que leí lo que ese imbécil de Derrida había escrito acerca de la literatura”, afirma en su diario).

Ahora ni seriedad ni parodia, sino un tono más neutro para atender a las palabras que pronuncia un artista en medio de una novela:

La inmensa mayoría de críticos citaba a filósofos posteriores a 1950: Foucault, Barthes, Agamben, Rancière, Badiou, y luego a no-filósofos que algunos hacían pasar por tales y que eran citados de seguido porque *se les entendía*: Borriaud, Augé, Baudrillard, Bauman, pensadores débiles o sencillitos al alcance de críticos de arte cuya formación se limitaba a Historia del Arte y las correspondientes asignaturas de Teoría del Arte y Estética [...].

En todos los fragmentos citados la presencia de la Teoría es notoria, lo que nos lleva a pensar en la necesidad de que los lectores de estas obras sean capaces de identificar las referencias teóricas que entran en juego para poder disfrutar verdaderamente del proyecto literario que se les presenta. Estamos ante obras que aspiran a ser leídas por un lector modelo, como diría Umberto Eco; es decir, alguien capaz de moverse en la descodificación del texto siguiendo el camino marcado por el autor o la autora durante la codificación. Raquel Taranilla, Javier García Rodríguez, David Roas, Vicente Luis Mora son solo cuatro casos de

escritores y escritoras entre los muchos que pueden localizarse en la literatura española del siglo XXI que usan la Teoría con absoluta naturalidad para construir sus ficciones.¹ ¿Cómo se ha llegado a esta situación? ¿Cómo se ha producido ese viaje de la Teoría hacia la literatura para incorporarse a la textualidad misma de las obras? Para responder a estas preguntas hace falta matizar antes algunas cuestiones.

Empecemos por explicar a qué Teoría nos referimos. Como ya se habrá intuido a partir de los ejemplos citados, no se trata exactamente de la teoría literaria, sino de una idea de la Teoría más amplia que incluye problemas literarios y de otros muchos ámbitos, razón por la cual apostamos aquí por escribirla con una mayúscula que ilustre su ambición aglutinadora. No estará de más recordar que una primera tarea evidente de la teoría literaria consiste en definir los principios generales y las categorías de lo literario, lo que otorga a la disciplina un carácter *propedéutico*, preparatorio en relación con los estudios literarios. Sin embargo, la interdisciplinariedad característica del ámbito de las humanidades y, sobre todo, la estrecha relación que existe entre la teoría literaria y el comparatismo hacen que la actividad teórica no quede circunscrita en este caso a lo literario, sino que se abra a la relación de la literatura con otras artes y también con otras disciplinas, de manera que la confluencia enriquecedora de planteamientos procedentes de diversos campos de estudio queda asegurada.

Este carácter interdisciplinar hace que la teoría literaria trascienda su tradicional función propedéutica y muestre una gran operatividad para interpretar distintas prácticas discursivas, con lo cual se acerca claramente al espíritu de la Teoría de tradición anglosajona que empezó a proliferar en las universidades norteamericanas de los años setenta a los ochenta del siglo XX. A partir de la descripción que hizo Richard Rorty de aquella situación, Jonathan Culler empezó a hablar de la Teoría (*Theory*) como un nuevo género que dio paso a “una serie no articulada de escritos sobre absolutamente cualquier tema” y cuyas propuestas se han revelado muy sugerentes y útiles para reflexionar sobre distintos ámbitos del saber (2014: 14). Esta Teoría incluye obras de antropología, filosofía, historia del arte, lingüística, historia de las ideas, sociología, psicoanálisis, teoría política, filosofía de la ciencia, crítica literaria, etc., y con esta amalgama de discursos propone una mirada renovadora que lleve incluso a cuestionar lo que, dentro de cada disciplina, se había con-

¹ Los fragmentos citados proceden de los siguientes textos: Raquel Taranilla (2021): *Noche y Océano*. Barcelona: Seix Barral; Javier García Rodríguez (2009): *Mutatis mutandis*. Zaragoza: Eclipsados; David Roas (2007): “Necrológica”, en *Horrores cotidianos*. Palencia: Menoscuarto, y Vicente Luis Mora (2017): *Fred Cabeza de Vaca*. Madrid: Sexto Piso.

siderado siempre incuestionable, con lo que se abre paso una importante dimensión política.

“Teoría” proviene del verbo griego *theorein*, que significaba observar, mirar, así que plantearse qué tipo de mirada es la más conveniente en cada momento parece una consecuencia lógica del desplazamiento gradual que fue produciéndose desde el significado original de la simple percepción a un significado que incluye la intelección. Dicho de otro modo: llegó un momento en que ya no bastaba con mirar, sino que había que mirar con atención para captar lo más sustancial de cualquier fenómeno que se observase. Se trataba, además, de conseguir una mirada libre de prejuicios, capaz de convertirse en un *contra-discurso* que se atreviera a cuestionar las premisas tradicionales (Compagnon, 2015: 17). Esta mirada analítica y especulativa, que ha de ir acompañada de un espíritu crítico y hasta de una clara vocación política, es la que la Teoría proyecta sobre sus objetos de interés.

En referencia al pragmatismo anglosajón que detestaba, Georg Lukács habló alguna vez de “un bazar de ideologías al servicio de la expansión del imperialismo capitalista” (1967: 630). Casi podríamos decir que los temas que aborda la Teoría representan la otra cara de la moneda, aunque hay que tener presente que la misma naturaleza multifacética de la Teoría da paso a una constelación temática muy variada. En todo caso, se trata de temas a partir de los cuales se intenta abordar distintos aspectos de la cultura. Terry Eagleton enumeró algunos para mostrar de qué forma esta teoría cultural venía a enriquecer el izquierdismo político: “El arte, el placer, el género, el poder, la sexualidad, el lenguaje, la locura, el deseo, la espiritualidad, la familia, el cuerpo, el ecosistema, el inconsciente, la etnia, el estilo, la hegemonía” (2005: 42). La lista podría continuar, por supuesto, pero no es necesario porque ya se ve que solo una combinación de distintos saberes puede cubrir tantos frentes y de ahí que la Teoría sea a la fuerza esencialmente heterogénea.

Sobre todo desde la segunda mitad del siglo xx, se observa que las propuestas de autores y autoras como Mijaíl Bajtín, Roland Barthes, Raymond Williams, Louis Althusser, Julia Kristeva, Jacques Derrida, Michel Foucault, Jacques Lacan, Pierre Bourdieu, Gilles Deleuze, Edward Said, Gayatri Spivak, etc. aparecen una y otra vez en trabajos vinculados a distintas disciplinas, y el reencuentro continuado con todos estos nombres —muchos de los cuales están vinculados al momento en que la teoría francesa se encontró “a la vanguardia de los estudios literarios en el mundo” (Compagnon, 2015: 10)— ha llevado a pensar intuitivamente en la Teoría como espacio de encuentro de textos muy diversos, textos que contienen reflexiones tan sugerentes que encuentran fácil acomodo en los campos de estudio más variados. Esta apropiación de la tradición teórica por parte de distintas disciplinas muestra por encima de todo la

capacidad seductora de la Teoría y su adaptabilidad. No se trata de la atracción hacia una metodología concreta, puesto que no existe, sino de la atracción que ejerce la mezcla de saberes esencial en la actividad teórica, así como su propuesta revisionista de planteamientos cosificados y su invitación a avanzar en la investigación de cualquier fenómeno dejándose guiar no por la ambición de llegar a instalarse algún día en la verdad, sino por la esperanza de aprender a gestionar la incertidumbre. Tres acepciones, en definitiva, toma aquí el concepto de Teoría. Teoría como combinación de discursos multidisciplinares, pero también como actitud que lleva a potenciar la dimensión teórica ya de por sí existente en muchas obras literarias y, finalmente, como gesto político.

Sea como sea, parece evidente que el legado que forman las grandes ideas nacidas durante los “años salvajes de la teoría”, como los llamó Manuel Asensi, se ha convertido ahora en el punto de partida de la investigación en distintos campos. El estudio de las obras literarias no es en absoluto ajeno a esta situación y por eso ya resulta prácticamente inconcebible plantear una teoría de la literatura al margen no solo de los presupuestos tradicionalmente desarrollados en el seno de esta disciplina, sino también al margen de los planteamientos surgidos en el campo más general de la Teoría. Dicho con toda claridad: estos planteamientos han pasado a formar parte del repertorio con el que se trabaja en la teoría literaria y por eso esta disciplina está convirtiéndose cada vez más en “una forma extremadamente general de crítica de la cultura” (Cabo y Do Cebreiro, 2006: 31). Pero ha ocurrido además algo que añade interés al contexto actual, y es que la seducción de la Teoría ha hecho su efecto no solo en distintas disciplinas humanísticas y científicas, sino también en muchas obras de creación, hasta el punto de que puede decirse que, igual que existe una teoría de la literatura, empieza a ser evidente que existe una literatura de la Teoría.

Muchos antecedentes podrían señalarse en el trayecto que lleva a acercar cada vez más el discurso teórico-crítico al discurso literario, sobre todo obras de muy distintas épocas en las que los ejercicios metafictivos permiten que aflore una evidente dimensión teórica, pero hay que reconocer que en la actualidad este fenómeno se ha acrecentado y los resultados empiezan a ser verdaderamente importantes porque van más allá de la metaficción. Ahora se observa un interés no ya solo por activar maniobras autorreferenciales, sino también por dotarlas de mayor densidad teórica al incorporar referencias explícitas a principios, conceptos e ideas que provienen de la Teoría. Este acercamiento del sistema literario al sistema teórico en busca de nuevas posibilidades creativas desencadena un sugerente juego de interferencias recíprocas que tiene como resultado la aparición de obras ambivalentes, ficciones híbridas que, al encontrarse en un terreno intermedio (intersistémico), pueden originar algunos problemas de recepción,